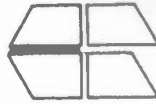


ACTUALIDAD MUNDIAL

Estas son dos de las intervenciones en la mesa redonda organizada por la Revista ABRA, en setiembre de 1995, a propósito del 150 aniversario de la publicación de los **Manuscritos Económico-Filosóficos** de Carlos Marx.



¿RECORDAR LOS MANUSCRITOS ES RECORDAR EL MARXISMO?

Rodrigo Quesada Monge

1. EL SOÑAR COMO MÉTODO

Algunos historiadores del presente, especializados en el siglo XIX, nos informan que aquel es un largo período crítico, eso significa que el siglo en el que Karl Marx (1818-1883) vive y muere está rodeado de cambios violentos y de transformaciones decisivas en el desarrollo espiritual y social de los hombres. Pero aquellos como Marx, soñaron que las cosas eran superables y que más bien, podían ser redentidas como originalmente las pensaron los griegos: cambio para mejorar, para crecer, para moverse en la dirección de la justicia y espiritual.



«El economista nos dice que todo se compra con trabajo y que el capital no es otra cosa que trabajo acumulado, pero al mismo tiempo nos dice que el obrero, muy lejos de poder comprarlo todo, tiene que venderse a sí mismo y a su humanidad» (Marx, 1970,57).

1. EL SOÑAR COMO METODO

Algunos historiadores del presente, especializados en el siglo XIX, nos informan que aquel es un largo período crítico, eso significa que el siglo en el que Karl Marx (1818-1883) vive y muere está repleto de cambios violentos y de transformaciones decisivas en el desarrollo espiritual y social de los hombres. Pero aquellos como Marx, soñaron que las crisis eran superables y que, más bien, podían ser redefinidas como originalmente las pensarán los griegos: cambio para mejorar, para crecer, para moverse en la dirección de la salud física y espiritual. Sin

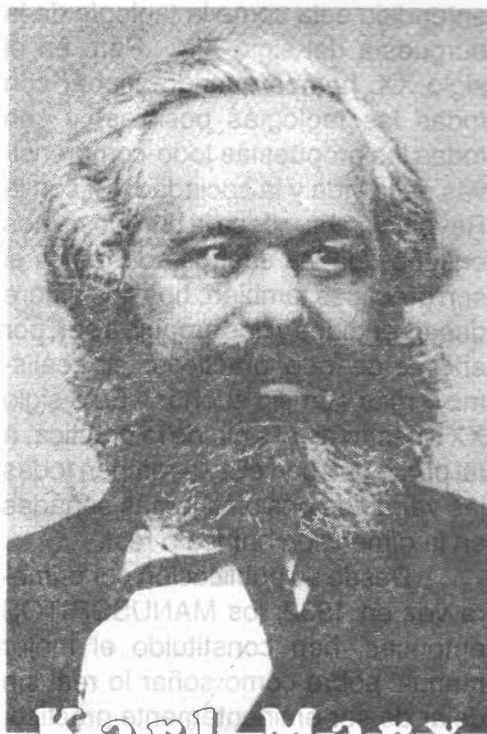
embargo, desde 1844, la civilización burguesa ha hecho los esfuerzos más asombrosos para autodestruirse y así inutilizar el dictum griego a que hacíamos referencia: crisis para crecer.

Hoy, celebrar los ciento cincuenta años de la redacción de los MANUSCRITOS es al mismo tiempo recordarnos a nosotros mismos, hombres y mujeres del siglo XX, que la capacidad de soñar va más allá de lo que establecen los parámetros espacio-temporales y su convencionalidad, mal o bien diseñada para que los seres humanos puedan desenvolverse en sociedad. Esta obra de Marx, inconclusa y fragmentaria, es un trabajo decisivo, no sólo para nuestra cabal comprensión del siglo XIX, sino también para detectar los primeros intentos orgánicos por convertir lo onírico en algo tangible y manipulable, que fue, hasta 1989 al menos, una de las grandes aspiraciones de la humanidad. ¿Estamos diciendo entonces, que hasta 1989 todo lo que Marx soñó pudo haber sido posible y que después de ese año ya no lo fue más? Muy a pesar del buen

pensador burgués que es Fukuyama por ejemplo, nosotros creemos que es ahora precisamente, cuando todo lo cabalístico de una obra como los MANUSCRITOS sale a flote.

El sueño como método supone ante todo un profundo amor por los hombres, un amor que desplaza los detalles egoístas de la construcción de un sueño determinado (que fue la obsesión de los stalinistas), y los sustituye por la aspiración general. En la fe fanática por los detalles reside uno de los muchos parangones que se pueden establecer entre la moral utilitaria de la burguesía y la eficacia del burócrata de partido, al estilo de la vieja URSS.

El socialismo como aspiración general, supone una ubicación onírica y eficaz al mismo tiempo de los hombres en su época, y la organización social que les ha correspondido en suerte. El sueño que construye Marx desde las salas de lectura del Museo Británico, tiene igualmente el engarce con lo real que le es exigido a toda verdadera ensoñación. Desde el romanticismo con que están contruidos los MANUSCRITOS, hasta el realismo seco y a veces intragable de EL CAPITAL, lo onírico y lo real no se desprenden, con Marx, de algo que les es consustancial: lo práctico. Con toda su obra anterior a EL CAPITAL, Marx nos demostró que los sueños sin la



Karl Marx

estrategia de la realidad y los instrumentos de la práctica no iban a pasar nunca más allá de las proclamas de partido, o de las consignas callejeras. En ese sentido, EL CAPITAL es una obra maestra de cómo pueden hacerse coincidir los tres componentes ideológicos más esenciales de la cultura burguesa: 1- lo onírico, 2- lo real y 3- lo práctico. No en vano Marx, configura al lado de Smith y Ricardo, el tríptico bendito de la economía política clásica,

entendida esta como la teología de la burguesía del siglo XIX. Pero en el siglo XX, hemos querido acabar con todas las teologías posibles, y con todas las propuestas todo-comprensivas de la vida y la sociedad. Si con la Revolución Francesa la burguesía nos enseñó que los sueños son reales si son prácticos también; hoy nos quiere desaprendidos y nos empuja a ser, por encima de todo, prácticos: sin realismo y más aún sin sueños. Este siglo XX nuestro es el siglo de la práctica, a tal punto que con ella se rompen todas las variables posibles jamás soñadas en la dimensión onírica o real.

Desde su publicación por primera vez en 1932, los MANUSCRITOS entonces, han constituido el mejor manual sobre cómo soñar lo real sin dejar de ser eminentemente práctico. En el presente un manual así pierde su sentido original porque hoy nos preocupa la práctica primero y luego, sólo muy luego, lo real y lo onírico. Por eso es que los MANUSCRITOS adquieren sentido dentro de la cultura burguesa decimonónica, porque la burguesía después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) decidió que lo posmoderno significaba, entre otras cosas, despojarse de todo resabio de sistematicidad; y ahí reside la gran paradoja de la cultura burguesa de esta parte del siglo XX: no se puede ser práctico si no se es sistemático. Y

la burguesía entonces añade: lo práctico es válido en la medida en que al cambiarlo real, este permanezca idéntico a sí mismo, y sobre todo, bien lejos de lo onírico. Porque esto (lo onírico) pasó a formar parte de la patología de lo que significa no comprender lo real ni lo práctico. Nunca antes el lenguaje científico de la burguesía había sido tan rico en términos descualificadores de todo lo que tuviera que ver con el sueño. Soñar es hoy sinónimo de neurosis, psicosis, neurastenia, histeria, depresión, esquizofrenia, paranoia, catatonía, y una lista inmensa que sólo expresa el miedo de la cultura burguesa a que la gente sueñe. Para eso están los juegos electrónicos. Estar adaptado significa ser una persona realista y más que nada práctica. En el pasado se escribían tratados de interpretación de los sueños, hoy se escriben tratados para evitar tenerlos. ¿Qué es la computación sino la gran empresa de la civilización burguesa para decodificar la imaginación?

II. UN METODO PARA SOÑAR

Toda propuesta utópica estuvo compuesta alguna vez por tres elementos básicos: 1- la teoría, 2- la terapia, 3- la praxis. Es decir, se diseña el código para adaptar al hombre, con él se le reentrena y luego se le deja libre para que ponga en práctica lo

que significa su adaptación. En ese punto precisamente radica lo mejor de la reflexión de Eric Fromm sobre los MANUSCRITOS de Marx (Fromm, 1970, pág. 272). Lo mismo podría eventualmente decirse del grueso de los pensadores de la Escuela de Frankfurt. Para ellos Marx es el gran utopista del siglo XIX, porque nos proveyó con la teoría, la terapia y la praxis indicadas para transformar la sociedad y la vida en el siglo XX. El asunto estriba en hallar las renunciaciones que debo hacer para ser menos individuo y más persona en sociedad. Por eso, para el historiador de nuestros días resulta problemático volver a leer los MANUSCRITOS con sentido crítico, es decir, con sentido productivo, creativo, porque son las renunciaciones las que definen las verdaderas proporciones de mis sueños. Y si renuncio al «soñar como método» debo entonces inventarme un «método para soñar», aquel que me permita conservar intacta mi supuesta dignidad de académico intachable, aquel que oculta con celo sus vergüenzas ideológicas, las que, más temprano que tarde, se ptean para bien de la teoría y la práctica, no tanto para la terapia. Y si las ficciones históricas de las que tanto hablara Toynbee no se realizan, entonces el historiador corre el riesgo de convertirse en el oráculo de los signos del futuro que él cree encontrar en el presente. No hay

peor gurú de las disciplinas culturales del mañana que el historiador de este momento, de este ahora en el que él no logra encontrar asidero porque al reemplazar el «soñar como método» por un «método para soñar», se quedó sólo con sus delirios de individuo decisivo en el correr de los tiempos.

Cuando se desploma el socialismo real esos «individuos decisivos» aparecieron por legión, y el horizonte de la civilización burguesa se llenó de magos que cantaban loas y decían ditirambos a favor de una clase social que, posiblemente muchos de ellos ayer habían estado combatiendo con ferocidad licantrópica. Ni los sociólogos, ni los antropólogos, ni los psicólogos, ni los economistas y mucho menos los teólogos o los filósofos se atrevieron a tanto como algunos historiadores: inventarse su propio método para soñar. Por eso les fue tan fácil sepultar a Marx, muchísimo antes de que ni siquiera hubieran alcanzado a descifrar las verdaderas dimensiones terapéuticas de una obra como los MANUSCRITOS. Al inventarnos un método para soñar conservamos también las fundamentales enseñanzas de la burguesía: soñar sin salirse de la realidad práctica. Algunos historiadores por ello, también, se han apurado ansiosamente a firmar el acta de defunción del marxismo, porque siempre estuvieron aterrorizados del verdadero

poder de la imaginación. Y la imaginación es sobre todo onírica, requiere de la realidad y de la práctica sin dejarse agobiar por la terapia, pues esta exige adaptación, la que, a su vez, reposa sobre el reconocimiento de la enajenación. Si reniego del soñar como método, es porque estoy lo suficientemente enajenado como para requerir de un método para soñar, que me haga tolerable el reconocimiento de que he perdido la capacidad para esperar. Y el marxismo es un soñar como método repleto de esperanza por todos y cada uno de sus poros. De aquí que recordar la redacción de los MANUSCRITOS no es una tarea de necrófilos «demodé», sino sobre todo la labor de hombres y mujeres que todavía creen en el poder del sueño y de la esperanza, es decir, de personas que aman la vida.

Ahora bien, si el valor de los MANUSCRITOS se redujera a su significancia para los exploradores de la arqueología intelectual del siglo XIX, muy poco tendríamos que decir los historiadores del siglo XX que creemos en que las esperanzas sobre un futuro desalienado para todos los hombres reposan sobre nuestra capacidad y nuestra imaginación para transformar el presente. Y la obra de Marx está llena de la fuerza, la imaginación, el amor y la esperanza que los hombres y mujeres de nuestros días hemos

perdido. Si insistimos en que recuperar a Marx es recuperar a un pensador del siglo XIX, bien poco vamos a lograr con la instrumentalización de un método de análisis social que por encima de todo, exige de nuestra parte remontar nuestra ceguera, tan ajustada a las mentiras del presente. Lo triste aquí es que algunos historiadores hemos insistido en plantear que tales mentiras puedan conducirnos a un futuro más lleno de imaginación y capacidad para soñar. Algunos incluso, nos gustaría que nos llamaran ideólogos de la burguesía del siglo XXI, y hacemos un esfuerzo extenuante para que nos vean actuar y nos aprueben por lo buenos muchachos que somos. En Costa Rica al menos, ignoro por qué algunos historiadores insistimos tanto en parecernos a la vieja y pellejosa vedette que resuelve sus miserias excrementicias del presente, añorando sus encantos del pasado, cuando de tales encantos apenas tuvo conciencia en su momento.

Por eso para mí, reflexionar sobre los MANUSCRITOS de Marx es algo más que un simple ejercicio intelectual sobre la importancia académica de una fecha en especial. Repensar los MANUSCRITOS debe ser una tarea moral; y no hablo de la moral individual, hablo de la moral que implica el imaginar cosas, el tener sueños y tener el coraje para llevarlos a la práctica.

El marxismo se ha sostenido precisamente por eso, porque destila coraje por todo lado, a pesar de los ingentes esfuerzos de sus sepultureros por contarnos la historia de terror de que han visto el fantasma de Marx bailando desnudo sobre la tumba del socialismo real. Lamentable solución de continuidad la del historiador de la contemporaneidad, que crea que con hablar de sepultar el marxismo encontrará un mejor método para soñar. La diferencia estriba en que el marxismo es un soñar como método, y para lograr eso la burguesía aportó unos cuatro siglos

de desarrollo humanístico, sin los cuales el marxismo jamás hubiera sido posible. Quien no haya comprendido esto todavía, tiene que resolver el grave problema de averiguar qué nivel de alienación lo aqueja. En esa dirección los MANUSCRITOS podrían ser de incalculable ayuda.

BIBLIOGRAFIA

- MARX, K. **Manuscritos. Economía y Filosofía**, Editorial Alianza, Madrid, 1970.
- FROMM, Eric. **Marx y su concepto del hombre**, Fondo de Cultura Económica, México, 1970. 13a. reimpresión.



LOS MANUSCRITOS 150 AÑOS DESPUÉS

Carlos Molina Jiménez



Me parece verdaderamente importante que se efectúen actividades como esta mesa redonda, que vienen a promover el debate sobre la actualidad del marxismo. En contraste con otros medios donde han corrido ríos de tinta sobre el particular, entre nosotros se ha discutido muy poco esta cuestión, suscitada por la caída de los socialismos históricos. Ello es sorprendente, si se tiene en cuenta que una parte apreciable de la intelectualidad costarricense nos adherimos, sobre todo desde los años 60 y 70, a esta corriente de pensamiento y defendimos las realizaciones históricas a ella vinculadas. Por eso resultan extraños el silencio y la frialdad, la callada por respuesta.

Pero entremos en materia. Quiero empezar con una referencia anecdótica, personal. Consiste en que, para mí, ha sido una experiencia interesante y aleccionadora volver a leer los **Manuscritos** en estos tiempos. Me explico. Leí esta obra por primera vez en 1969 ó 1970, a los veinte años, dentro del contexto sociocultural de

aquel entonces. Luego hice, ante todo en razón de mi labor docente, varias relecturas totales o parciales, que fueron estrictamente eso, «relecturas»; es decir, reediciones, quizás mejoradas en ciertos detalles, de aquella lectura original. Pero, ahora, a los 45 años, dentro de un contexto histórico marcadamente diferente, he podido realizar, hablando en rigor, no otra relectura, sino una «nueva» lectura de este texto. Sobre sus resultados, tendremos ocasión de hablar enseguida con algún detenimiento.

Por de pronto, me interesa destacar un aspecto: un libro no existe como tal sino dentro de un proceso comunicativo que actualiza o echa a andar el lector. En tal sentido, un libro en sí mismo nunca es completo, no encierra un mensaje definitivo: es sólo un conjunto de potencialidades de significación, que cada lectura organiza y comprende diversamente, en función de las particularidades individuales y de las vigencias sociohistóricas correspondiente a un momento dado. Desde este punto de vista, sólo en el

plano de los signos que los constituyen, son los **Manuscritos** el mismo texto de hace un cuarto de siglo. Desconocer esto, es el error o engaño capital de todos los fundamentalismos librescos que en el mundo han sido. Inclusive ha de tenerse en cuenta que únicamente como conjunto de signos cumple esta obra en el presente 150 años.

Durante casi un siglo no existió como individualidad cultural; sólo como momento en el proceso intelectual de Marx, recuperado o retenido de algún modo en sus producciones posteriores. No es sino hasta 1932, cuando se edita por primera vez, que alcanza por fin esa individualización que le procura un sitio definido y una fisonomía característica en el corpus del marxismo.

Este, su segundo nacimiento, fue afortunado en términos de oportunidad. Llegó a un mundo atormentado por intensos y vastos conflictos sociales, en el que el pensamiento se interesaba, frente al avance de los totalitarismos, por el estudio de la condición humana y por los procesos que amenazaban destruirla o desfigurarla. Estas circunstancias hicieron que los **Manuscritos** encontraran una buena recepción de parte de algunos sectores. Por un lado, alimentaron un marxismo humanista, filosófico, académico, aperturista, aunque relativamente alejado de las organizaciones directamente involucradas en las luchas políticas.

En este sentido, corresponde a esta obra posiblemente un lugar en ese proceso de distanciamiento de la teoría y la práctica que ha afectado al marxismo en el siglo XX.

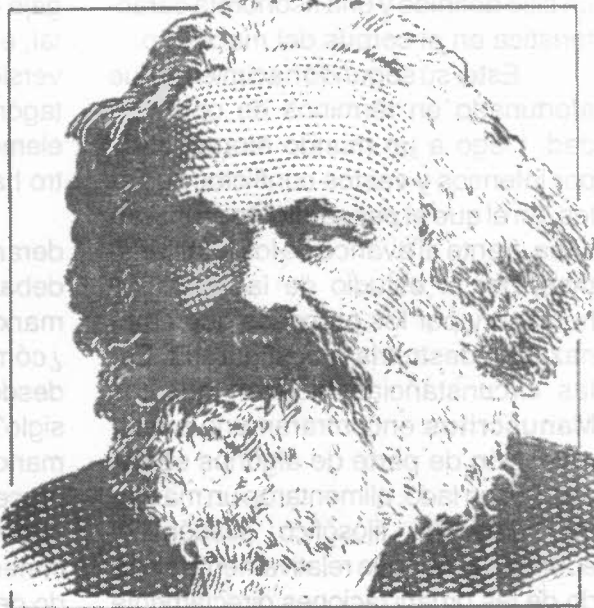
Por otro lado, los **Manuscritos** abrieron un espacio de afinidad entre esta corriente y algunas de las principales líneas de pensamiento europeo continental de aquel entonces (tales como el psicoanálisis, la fenomenología y el existencialismo); lo cual dio lugar a las influencias recíprocas y a la posibilidad de transiciones. Desde esta perspectiva es probable que el texto en estudio, haya jugado un papel clave en la asimilación del marxismo al bagaje común del pensamiento occidental, en el proceso de reducción o conversión de esta doctrina, de figura protagónica que era, a la condición de elemento de fondo constitutivo de nuestro haber cultural.

Pero, ahora bien, ¿cómo considerar los **Manuscritos** después de la debacle de un mundo que hacía del marxismo su justificación teórica?, ¿cómo valorarlos y comprenderlos desde la perspectiva de este fin de siglo?, ¿qué significan para el ser humano que se encuentra inmerso en los procesos y problemáticas que definen nuestro presente y delínean el futuro inmediato?, ¿cómo leerlos en un mundo de capitalismo triunfante en el ámbito prácticamente universal?

Para abordar las cuestiones planteadas, conviene echar primero un vistazo al texto mismo. En lo esencial los **Manuscritos** consisten en una lectura que Marx hace de los temas de la economía política clásica, a la luz de Hegel y Feuerbach. Mediante esta lectura Marx establece algunas de las tesis básicas que van a regir en lo sucesivo su pensamiento, ya sea directamente como planteamientos operantes en sus restantes obras o asumiendo el carácter de presupuestos de esos desarrollos posteriores. La presencia teórica de Hegel y Feuerbach en los **Manuscritos** es muy interesante. No se plantean como dos influencias paralelas, separadas, sino íntimamente conjugadas: se trata de un Hegel feuerbachnizado y de un Feuerbach hegelianizado.

Marx va modelando así una visión de la realidad que recoge, en lo fundamental, el naturalismo feuerbachiano, la importancia que este filósofo concede a la vida inmediata, sensible; así como la concepción procesual, dinámica, interactiva, conflictual, en suma dialéctica, aportada por Hegel. Desde la perspectiva así definida, Marx desarrolla, entre otros, los siguientes temas:

- 1) Un primer análisis y comentario crítico de las categorías básicas de la economía política clásica. Examina y confronta categorías tales como salario, beneficio del capital, venta de la tierra, propiedad privada, trabajo, división del trabajo, dinero, etc. (1).
- 2) Una idea original de la enajenación humana, basada en el análisis del trabajo alienado. Primordialmente, la enajenación radicaría en el dominio que ejercen sobre el ser humano sus propias fuerzas y capacidades objetivadas; es decir, proyectadas en el



Marx, autor de los Manuscritos.

medio exterior, incorporadas a las cosas a través del proceso de producción material (2).

3) Una concepción del ser humano como ser natural, histórico y social, que se produce a sí mismo, en sus rasgos diferenciales con respecto al resto de la naturaleza, mediante su propio trabajo (3).

4) Una visión del comunismo como resolución final y definitiva de las contradicciones que han desgarrado históricamente al ser humano. Este estadio significaría la solución práctica a todos los dilemas teóricos y factuales de la humanidad, su reconciliación auténtica con la naturaleza y la cultura, la apropiación por los seres humanos concretos de todos los logros del proceso histórico-social. Además el comunismo advendría por necesidad histórica, sería el resultado inevitable de toda la historia anterior (Marx, 1969, 143, 156, 201).

5) Una epistemología cimentada en la fusión de teoría y práctica, sobre la base del primado de esta última categoría. El ser humano es visto como un ser objetivo, activo y pasivo en su relación efectiva con la restante naturaleza. Esta sólo existiría para nosotros en la medida en que es término u objeto de nuestras

distintas capacidades. El conocimiento resultaría del despliegue progresivo de esta relación práctica con la naturaleza y sólo tendría sentido dentro de dicho proceso (Marx, *ibíd.*, 146, 151, 163).

6) Un estudio del proletariado surgido de la revolución industrial. Este es presentado en toda su miseria y postergación social, como la fuerza sustentadora del desarrollo capitalista y la principal víctima de este desenvolvimiento. Su destino dentro del capitalismo, estribaría en ser más pobre y desamparado cuanto más riqueza produce. Pero al mismo tiempo, su liberación implicaría el sobrepasamiento de este sistema social y la emancipación de toda la humanidad; porque el proletariado no podría ser libre, si no se eliminan por completo las servidumbres y opresiones que gravitan sobre el género humano (Marx, *ibíd.*, 51, 68, 117, 158).

¿Qué vigencia conservan estas tesis en la actualidad?, ¿qué capacidad de motivación humana y movilización social?, ¿qué tan resolutorias y explicativas se muestran respecto de los problemas y expectativas de las sociedades contemporáneas? A mi

juicio, no se puede dar una respuesta única a estas cuestiones. De los aspectos tratados en los **Manuscritos**, vistos a la luz de la actual experiencia sociohistórica, hay algunos que parecen totalmente vencidos, caducados o sobrepasados; otros mantienen en mayor o menor grado su relevancia; otros aún, aunque todavía resultan sugestivos, revelan grandes insuficiencias al ser considerados en relación con situaciones mucho más complejas que las que le sirvieron de origen.

La crítica de la economía política que Marx inaugura en los **Manuscritos**, no parece haber operado como base teórica eficaz para sustentar un sistema alternativo de organización política, económica y social. Marx siempre eludió las cuestiones de factibilidad, la problemática práctica acerca de cómo implementar técnicamente sus propuestas; dejaba estas preocupaciones para que fueran resueltas por los seres humanos del futuro. Su forma de razonar sobre este particular era en realidad bien curiosa: si el porvenir por él anunciado era inevitable, debía ser también posible. Es decir, podría ser porque tenía que ser.

Por otro lado, la idea de enajenación planteada en los **Manuscritos**, conserva en nuestro tiempo una gran actualidad, aunque notablemente desplazada respecto de su ubicación original. Ya no refiere tanto, en sus

manifestaciones principales, al plano económico, a la reducción del obrero al mínimo biológico compatible con la sobrevivencia y la reproducción. Ahora apunta más bien hacia el nivel cultural, hacia el problema de la disolución de las identidades espontáneas y los vínculos sociales dentro de procesos de alcance mundial; así como a la acrecentada capacidad de manipulación de las conciencias y los comportamientos por parte de sectores económica, tecnológica y culturalmente poderosos.

Por lo demás, en relación con el trabajo mismo, la cuestión fundamental no es ya (tendencialmente hablando) la de participación laboral en condiciones de explotación, sino la de la posibilidad de exclusión o marginamiento total del circuito económico de inmensas masas poblacionales, que pasarían a convertirse entonces en excedente humano.

También son cada vez más graves las dificultades planteadas por una tecnología que, en su propio funcionamiento, rebasa la escala humana, dando lugar a procedimientos y operaciones que escapan por completo a nuestra comprensión (4).

En cuanto a la concepción del ser humano expuesta en los **Manuscritos**, puede sostenerse que mantiene su vigencia. Es una concepción inmanentista, dinámica, laica, en

términos de la cual se debe explicar el devenir de la humanidad hasta el presente, como resultado de los procesos históricos, los aprendizajes culturales y las conquistas cognoscitivas y técnicas. Depurada de ciertos elementos finalistas y unilineales que ya se bosquejan en el texto considerado, esta antropología marxista podría ser de gran utilidad para la autocomprensión de los seres humanos contemporáneos. Ha de recalcarse también, en tiempos de gran preocupación ecológica, que Marx concibe al ser humano como la parte humana de la naturaleza (Marx, *ibíd.*, 111, 194), acentuando nuestra pertenencia e integración al mundo natural, en oposición a otras antropologías que nos separan totalmente de la naturaleza. Aquí podría encontrarse acaso un buen punto de partida para abordar cuestiones de gran importancia actual. Pero ello es, en verdad, bastante fortuito, pues fueron otro tipo de preocupaciones, relacionadas con el combate de posturas idealistas, espiritualistas y religiosas, las que llevaron a Marx a semejante posición.

En la época en que él redactaba el documento que nos ocupa, las cuestiones ambientales no figuraban todavía en la agenda de los asuntos apremiantes de la humanidad. En este sentido, es preciso añadir que, pese a ese vínculo tan entrañable que nuestro

pensador establecía entre ser humano y naturaleza, conceptuaba a esta última como mero correlato de las necesidades y capacidades humanas: era un reservorio de materiales por trabajar y el término de nuestras exteriorizaciones cognoscitivas y prácticas; en última instancia, su significación no transcendía los límites de sus relaciones con el ser humano.

Veamos ahora la idea de comunismo formulada en los **Manuscritos**. Este constituye quizá el aspecto más desactualizado de dicho texto, visto desde la perspectiva del presente. En efecto, esa idea de una resolución definitiva de los conflictos que dislocan la existencia humana, resolución que además advendría por necesidad, se encuentra hoy profundamente desacreditada. En aquel momento histórico el futuro parecía tocarse con la mano y existía la expectativa de un desarrollo científico y técnico inminente, que vendría a transformar favorablemente en poco tiempo las condiciones de vida del ser humano.

Hoy, en cambio, el futuro se nos presenta como incierto y problemático, en un mundo muchísimo más complejo, en el que la ciencia y la tecnología, entre otras cosas, han venido a añadir problematicidad a la vida humana. El estado actual de los conocimientos y de la experiencia sociohistórica, no parece dejar cabida para las certezas

incontrovertibles ni para las soluciones finales. Y la idea de comunismo comentada, conjuga precisamente ambos elementos. Porque esta solución de todas las dificultades teóricas y prácticas, requería a su vez de una garantía teórica, de un saber que avalase indubitablemente tales pretensiones. Es lo que los posmodernos han llamado un metarrelato, una especulación de vastas proporciones que intenta sustentar un designio práctico, cuando en realidad ella es tan débil y frágil, si no más, que aquello que trata de fundamentar. En el caso de los **Manuscritos**, Marx aún no había logrado articular al detalle el discurso que habría de servirle para «demostrar» la inevitabilidad del comunismo; pero esto mismo permite percibir aquí, con mayor claridad que en otras obras suyas, lo que hay de alucinado, arbitrario y absurdo en dicho planteamiento.

Examinemos a continuación el tema de la unidad de teoría y práctica dentro de la praxis histórica constitutiva del ser humano. Esta tesis resulta a primera vista muy convincente; pero encierra dificultades muy serias. Si el pensar es siempre expresión del ser, si las diversas formas de pensamiento reflejan necesariamente diferentes posiciones sociales y diferentes constelaciones de intereses, no habría realmente espacio para la legítima diversidad del pensamiento ni para el genuino

diálogo intelectual; sólo cabría en verdad el pensamiento militante, la lucha ideológica; inclusive la misma comunicabilidad de las ideas quedaría fuertemente comprometida. Además, si el pensar se interpreta como un componente de una totalidad práctica mayor, la cual en su desenvolvimiento le fijaría a aquel sus tareas, entonces la racionalidad no sería primariamente una característica del proceder mismo del pensamiento, sino ante todo una nota de los procesos objetivos. Es decir, se trataría de una racionalidad postulada, presupuesta, en definitiva, de una racionalidad metafísica.

Otra implicación adicional: si la conciencia no es más que el ser consciente, si carece de toda entidad propia, si es por definición inerme, entonces sólo cabrían las soluciones en exterioridad; esto es, las soluciones basadas en la transformación de las circunstancias externas, aun en el caso de que el objetivo final fuese la reforma de la misma conciencia. Esta concepción, desmitificadora en su momento, no resulta muy apropiada para nuestra época, en la que muchos de los problemas más acuciantes sólo parecen poder resolverse por medio del trabajo introversivo de la conciencia sobre sí misma.

Se trataría de un trabajo tendiente a procurar fortaleza, racionalidad, disciplina, capacidad de autocontrol al

propio núcleo de la existencia personal, en un mundo donde la manipulación de los impulsos y aspiraciones se practica a gran escala, llevando a la sobrecarga de las demandas humanas sobre los recursos del planeta (5).

Por lo demás, los movimientos marxistas nunca lograron cuajar de una manera sostenida y adecuada la proclamada unidad de teoría y práctica. Han oscilado entre dos situaciones contrastantes: una donde se hace muy buena teoría pero a espaldas de una práctica meramente pragmática; y otra, en la que la teoría obra como una sierva indigna de la práctica, siempre dispuesta a justificar sus peores despropósitos y brutalidades (6).

En lo referente al papel redentor del proletariado, ya prefigurado en los **Manuscritos**, es muy obvio y anodino todo lo que a estas alturas pudiera decirse. Me limito entonces a dos observaciones. Por un lado, la pérdida de centralidad histórica que ha sufrido esta clase social en el siglo XX, a consecuencia del desarrollo tecnológico y de una correlativa complejización de la estructura social. En este sentido, el proletariado ha ido perdiendo progresivamente relevancia cuantitativa y estratégica dentro de los procesos sociales. Además, sobre todo en los países capitalistas desarrollados, se ha integrado de manera bastante entusiasta al statu quo y ha encontrado

modos corporativos de participar en los acuerdos sociales que definen el reparto de la riqueza colectiva.

Para concluir puede señalarse lo siguiente: de los **Manuscritos** permanece en nuestra época, como pensamiento vivo y profundamente incumbente, su visión antropológica y su teoría de la enajenación; es decir, los aspectos que constituyen su temática primordial. Además, este texto contiene otros planteamientos, como el epistemológico antes discutido, que resultan a la vez sugestivos y problemáticos. Estos encierran un reto para los pensadores del presente y el futuro.

Pero lo más apasionante de los **Manuscritos** es su aliento ético: la indignación ante la miseria y la ignominia y el afán por dar un uso humanamente óptimo a las fuerzas productivas desatadas por la revolución industrial.

NOTAS

- (1) El primer manuscrito trata el salario (pp. 51-68); el beneficio del capital (pp. 68-87); la renta de la tierra (pp. 87-103); y el trabajo enajenado (pp. 103-119). El segundo manuscrito se ocupa de la propiedad privada (pp. 123-131). Y el tercer manuscrito examina esta en relación con el trabajo (pp. 135-139) y el comunismo (pp. 140-156); se refiere también a la división del trabajo (pp. 156 y ss.) y al dinero (pp. 176-181). Karl Marx, **Manuscritos: economía y filosofía**, Alianza,

Madrid, 1969. 2da. edic. (Traducción, introducción y notas de Francisco Rubio Llorente). Todas las restantes citas referentes a los **Manuscritos** se basan en esta edición.

- (2) *Ibid.*, pp. 105 y ss.: «...el objeto que el trabajo produce se enfrenta a él como un «ser extraño», como un «poder independiente» del productor».
- (3) Esta concepción se expone sobre todo en el tercer manuscrito (pp. 142 y ss.) y al discutir la noción hegeliana de autoconciencia (pp. 190 y ss.).
- (4) Véase a modo de ejemplo paradigmático el siguiente caso: algunos problemas matemáticos que el ser humano nunca ha podido resolver, hoy los resuelven las computadoras. Los científicos las

programan para ello, pero no pueden seguir sus pasos precisos ni supervisar directamente sus operaciones. Para hacerlo, tienen que acudir a otras computadoras.

- (5) Véase Molina Jiménez, Carlos, «La ética y viabilidad del futuro». En *Praxis*, Nº 43-44, Dpto. de Filosofía, UNA, 1992.
- (6) Véase Molina Jiménez, Carlos, «El Marxismo en el siglo XX: supremacía Ideológica y declive real» (inédito).

BIBLIOGRAFIA

MARX, K. **Manuscritos: economía y filosofía**, Alianza, Madrid, 1969. 2da. edic.

NOTAS

- (1) El primer manuscrito trata el salario (pp. 51-68); el penúltimo del capital (pp. 68-87); la renta de la tierra (pp. 87-103) y el trabajo alienado (pp. 103-119). El segundo manuscrito se ocupa de la propiedad privada (pp. 123-131). Y el tercer manuscrito examina esta en relación con el trabajo (pp. 132-139) y el comunismo (pp. 140-158); se refiere también a la división del trabajo (pp. 158 y ss.) y al dinero (pp. 176-181). Karl Marx, *Manuscritos de economía y filosofía*, Alianza